



AÑO II

← BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1883 →

NUM. 84



EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes

## SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—LA EXPOSICION DE AMSTERDAM, por don Pompeyo Gener.—EL HAZ DE NERVIOS, por don Juan del Huerto.—¡EH! ¡A LA PLAZA! por don Vital Aza.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *Meridiano universal*, por don E. Benot.

GRABADOS.—EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes.—BAÑOS DE MAR EN POSILIPO, cuadro por E. Dalbono.—CAZADOR DE PARADA, dibujo por J. Llovera.—MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle.—Lámina suelta: EL CANAL DE SUEZ.

## REVISTA DE MADRID

El perro *Invenible*.—Madrid y los perros.—Preparativos literarios para la lucha.—*Invenible* no significa que no pueda ser vencido.—Memorias póstumas.—La sociedad protectora.—Los árboles genealógicos y el arbolado de las afueras.—Decision del alcalde.—Los desastres de la bolsa.—¡Enseñar los dientes á las mujeres!

No hay que decir quién es el empresario que nos va á dar á conocer dentro de poco la fuerza muscular y la natural bravura del perro designado con el calificativo de *invenible*.

Es Ducazcal; ó por lo ménos en los Jardines del Buen Retiro, de que él es empresario, se exhibe anticipadamente en una casita que le han construido exprofeso, ese animal que ha de sostener con un leon, descomunal batalla.

Por ahora es un entretenimiento que tiene el público. Mediante un real se puede visitar al famoso perro, acariciarle, juzgar anticipadamente su fuerza y contemplarle con la veneracion con que miraríamos al Cid que

con quince lidió en Zamora,  
y á los quince los venció.

\* \*

Madrid se entusiasma extraordinariamente con los individuos de la raza canina.

Hubo un tiempo en que el célebre perro Paco llegó á adquirir una popularidad que en vano han alcanzado muchos varones dignos por sus cualidades de la vocinglera fama.

Alcibiades se equivocó de ciudad y de fecha. Debíó haber vivido en la capital de España en vez de ir á desarrollar su existencia en Atenas.

Allí tuvo que cortar la cola á su perro para llamar la atencion. Aquí la hubiera llamado sin practicar esa operacion quirúrgica.

No debiera ser San Isidro el patron de Madrid: deberia serlo San Roque.

Ello es que el perro se dispone á luchar; pero yo no sé todavía qué clase de leon es el que le van á arrojar como cebo para que luzca ante la concurrencia maravillada su valentía.

Uno que está en el secreto de todas estas cosas me ha referido bajo secreto—que yo cumplo no diciéndolo más que á mis lectores—que el susodicho perro pasa las horas de ocio escribiendo una memoria con objeto de justificar sus acciones futuras.

Tiene mucho interés en que todo el mundo sepa que en materia de instituciones de gobierno, si es enemigo de los reyes, es condicion indispensable que los tales sean reyes del desierto.

Tambien ha pedido que le proporcionen una edicion del *Quijote*.

En esta obra inmortal del príncipe de los ingenios españoles el capítulo que más le entusiasma y en el cual se inspira siempre que tiene que entrar en lucha es aquel en que el ingenioso hidalgo reta á los leones de la jaula á singular combate.

El otro dia dejó esta nota escrita, que fué un mandato para los que le sirven:

«Que me traigan un atlas de geografía.»

¡Asombro en todo el mundo!

Aquel dia apareció una porcion de gente con los *sesos devanados*.

—¿Para qué deseará la geografía?—se preguntaban todos.

Nadie lograba explicar el asunto.

Hicieronse consultas á las corporaciones sábias.

Unos decian:

—Indudablemente, es que el perro comprende ya la fama que va adquiriendo, y ansia recorrer el mundo y llenarlo con su gloria.

Otros afirmaban que sin duda ha oido hablar de la *Gruta del perro* y desea saber con exactitud en qué punto del globo se encuentra.

Por fin el más atrevido de sus servidores se arriesgó á preguntarle:

—¿Con qué objeto desea el ilustre *Invenible* ese tratado de geografía?

Y el famoso perro contestó por medio de un insinuante ladrido que algunos filólogos han considerado como el principio del lenguaje universal:

—¡Hombre!... qué torpes son Vds. ¿No me van á hacer luchar con un leon? Pues pido un atlas geográfico, por si el leon que me pongan Vds. en frente resulta ser un leon del Atlas. ¡Conviene conocer los usos y las costumbres de los enemigos!

\* \*

El nombre de *Invenible* con que han bautizado al perro, es retumbante, sonoro, heróico... pero corre el peligro de no ser verdadero.

En calidad de metáfora me parece bien... No me lo parece tanto si se tiene en cuenta la fugacidad de las cosas humanas y aún perrunas.

Con el nombre de *Invenible* tuvo España una escuadra que parecia el terror del Universo.

¡Ni por esas! La escuadra se deshizo en fragmentos ante el ímpetu de las olas.

Napoleon I podía considerarse como invencible. Sin embargo, tuvo un Waterlío y su isla de Santa Elena.

Esto me recuerda los partes que envían algunos gobernadores diciendo: «¡Orden inalterable!» Y muchas veces, aún no ha tenido tiempo de llegar el parte á su destino, cuando ya el órden ha sido alterado profundamente.

No hay en el mundo nada estable y fijo.

Yo temo que el perro *Invenible*, entregado hoy en los Jardines del Retiro á las *Delicias de Cápua*, encuentre al fin y al cabo sepultura en el estómago de alguna fiera.

La experiencia me hace temer este resultado.

Ducazcal ha dado á conocer al público de Madrid muchas notabilidades más ó ménos inalterables é invencibles.

¿Quién no se acuerda de miss Leona y de la resistencia de su dentadura?

¿Quién no piensa en Bargossi?

Y el capitán Mayet... ¿se ha borrado ya de nuestra memoria?

¿Dónde están?

Los infantes de Aragon  
¿Qué se hicieron?

La celebrada miss ha dejado los dientes en la barra de un trapezio.

Bargossi encontró competidores.  
Mayet... ¡el pobre! halló la muerte en los aires.

\* \*

Cualquiera dirá:

—¡Vamos! ¡Entendido!... V. pertenece á la *Sociedad protectora de animales y plantas* y trata V. de apoyar la peticion que esos señores han hecho al gobernador, á fin de que no permita la lucha...

Nada de esto. Mi sensibilidad no es tan exquisita. La guarda para las miserias humanas; y mientras existan hombres á quienes proteger, me parece un exceso de solitud lamentar los padecimientos de los animales, desoyendo quizá las quejas y las congojas del hombre.

Pero, francamente; entre un perro y un leon mis simpatías tienen el capricho de inclinarse del lado del primero. Puesto que á los perros se les ha dado el calificativo de *amigos del hombre*, sentiria que en la lucha pereciese un amigo mio.

Mis votos quedan reducidos á esta fórmula:  
Deseo que en la lucha que se va á entablar no lleve el leon, como en la fábula, la mejor parte.

\* \*

Y hé ahí que la mencionada *Sociedad protectora de animales y plantas* encuentra ahora un gran refuerzo en las autoridades y en varios particulares que tratan de fomentar en los alrededores de Madrid la produccion del arbolado.

Claro es que para proteger plantas lo primero que se necesita es que las plantas existan, como para guisar una liebre, es la liebre lo primero que hace falta.

Ahora bien, hay en Madrid, residencia de la corte de España y de gran parte de su aristocracia, muchos árboles genealógicos, pero el arbolado natural, productor de oxígeno, se halla en un descuido lamentable.

Salvo tres ó cuatro grandes macizos de verdura, el horizonte de Madrid, más bien que el de la capital de un país civilizado, es el que corresponde á los aduares del desierto de Africa.

El presidente del Ayuntamiento, señor Urquijo, se ha fijado en el escudo de Madrid y ha visto que si el oso no falta nunca en esta memorable tierra, en cambio hasta el madroño ha desaparecido casi por completo.

Dicese que ha destinado como base del fomento forestal de los alrededores la cantidad de doce mil duros.

Esta accion es digna de alabanza; y no cabe duda que todos los que se sienten agobiados de pesar cuando salen á las afueras y no ven más que aridez y pobreza, ventorrillos repugnantes, terrenos yermos y baldíos, contribuirán activamente á este saludable pensamiento.

\* \*

En la plaza de la Leña donde se halla situada la Bolsa de Madrid, crecia un árbol frondoso de halagüeñas hojas, de vistosas y abundantes flores.

¡Era el árbol de las ilusiones!

Parece que esta planta se ha quebrado uno de estos últimos dias.

El vendaval financiero es más terrible que una tormenta atmosférica.

Bajo las ramas del pintoresco árbol se guarecian multitud de personas á quienes ha alcanzado la terrible sacudida.

Yo pasé por allí el otro dia. Muchos grupos estaban comentando el suceso con aire entristecido.

Creí, al principio, que se lamentaban de las desgracias ocurridas con motivo del terremoto de la isla de Ischia.

—No;—me dijeron.—Aquí ha ocurrido tambien un terremoto. Se han hundido fortunas; se han arruinado casas que parecian poderosas. El desastre de la Bolsa de Madrid ha sido á la par con el desastre de Italia.

Entónces me acordé del paseo de carruajes del Retiro, de algunos trenes incomprensibles, de cierto brillo no fundado en nada, del ansia devoradora del millon, del lujo, de la apariencia fastuosa y desordenada, del impalpable crédito, de la insaciable voracidad moderna...

Y me acordé otra vez de los *invenibles*.

Y exclamé con el poeta:

¡Las torres que desprecio al aire fueron  
A su gran pesadumbre se rindieron!

\* \*

Las mujeres van conquistando terreno paso á paso. Han sido ya autorizadas por real órden para ejercer la profesion de cirujanos dentistas.

Un hombre, siempre muy blando con el sexo femenino, me decia ayer:

—No me gusta esta medida.

—¿Por qué?—le pregunté.

Y me contestó:

—Porque yo deseo usar en todas ocasiones la mayor amabilidad con las mujeres... Y con esta determinacion del gobierno, no podré realizar siempre mi propósito. ¡Alguna vez tendré que enseñarles los dientes!

PEDRO BOFILL

Madrid 4 de agosto 1883.

## LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Holanda.—Amsterdam

La Holanda es un país enteramente distinto de los demás que forman el continente europeo. Es una transicion entre éste y el mar, y una muestra patente de lo que puede el esfuerzo humano, pues debe su existencia á una conquista continua del hombre sobre las aguas; es, en el sentido estricto de la palabra, un triunfo del europeo sobre el mar, al cual va cada dia robando nuevo espacio.

Antiguamente la Holanda estaba formada por un agregado de penínsulas, islas y lenguas de tierra que penetraban en el Océano, acribilladas todas de pequeños y grandes lagos, insalubres y tormentosos. A veces las aguas subian y la mitad del territorio desaparecia bajo las olas, descollando sobre ellas los inmensos bosques de gigantescos pinos como si estos estuvieran enclavados en el líquido elemento. Los rios, que no tenian pendiente en aquel país tan llano y tan bajo, henchidos por las lluvias, se desbordaban inundando los prados y formando grandes pantanos.

Una eterna niebla velaba la atmósfera; hasta el verano era frio. Huracanes, vientos, lluvias tempestuosas, eran el estado meteorológico normal del país neerlandés. ¡Qué trabajo el del hombre en este país! Desde el primer bárbaro que formó con sus manos un misero dique amontonando tierra y clavando ramas deshojadas de los árboles, hasta el ingeniero holandés de hoy, que construye los diques con todos los adelantos de la ciencia moderna, ¡qué de esfuerzos para preservarle de las aguas invasoras!

Cuando uno piensa en que este país, que los historiadores latinos miraban como el Erebo, una especie de tierra maldita despedazada y flotante sobre las aguas, en la cual vivian sólo algunas miserias tribus salvajes, ha venido á ser una nacion fuerte y libre, altamente civilizada y civilizadora, dotada de todas las leyes que requiere la organizacion moderna, de los mayores adelantos científicos, y de una fertilidad extrema; cuando uno contempla este milagro de la lucha del hombre con los elementos, no puede ménos de exclamar: «¡Creo en el progreso, creo en el esfuerzo humano!»

El aspecto que presenta este país es original. A primera vista vense sólo inmensas llanuras cubiertas de yerba de un color amarillento verdoso, cruzadas á cada paso por canales y riachuelos; á lo léjos diversas hileras de árboles simétricos, redondeados por su copa, y á cada cien pasos un molino de viento colosal cuyas aspas mueve el viento y que hace funcionar una bomba la cual absorbe el agua de la llanura. Su atmósfera es brumosa, de un color gris blanquecino, que recuerda los fondos de los paisajes de los tapices antiguos. Efectivamente, en viendo este país se explica el porqué de aquellos colores apagados, amarillentos, grises y azules de los tapices flamencos y holandeses: los artistas reproducian el color del medio en que habitaban.

Este país tan pequeño tiene una gran densidad de poblacion. En un espacio circular de unas ocho horas de diámetro se hallan agrupadas ciudades tan grandes como Rotterdam, la Haya, Leyda, Haarlem, Utrecht, Delft y Amsterdam, llenando los intervalos una multitud de aldeas y de casas de campo habitadas por labradores y pescadores de los canales ó rios. Un espectáculo curioso se ofrece á la vista del que viaja por este país. A veces se ve pasar un gran barco por en medio de una verde llanura, de manera que parece que avanza cruzando los campos. Es que navega por uno de los numerosos canales que aquí existen y que por su estrechez y por lo crecido de la yerba que llega hasta sus bordes, estando á alguna distancia desaparece de la vista.

Curiosísimas son las ciudades de Rotterdam, La Haya, residencia de la corte, Leyda, famosa por su escuela de estudios etnográficos y orientalistas, Haarlem, en cuya casa de la ciudad están, entre otros, los célebres cuadros de Traus Hals, y los primeros impresos de Lorenzo Cóster, el cual disputa á Guttenberg la gloria de la invención de la Imprenta; pero nos falta espacio y nos sobra materia de que tratar, para detenernos en estas poblaciones. Vamos pues á ocuparnos de Amsterdam y de su exposición, por cierto bien notable.

Amsterdam es una de las ciudades más originales que puedan verse. Es una población de pescadores y de mercaderes, esencialmente marítima, tanto, que todas sus casas, formando estrechas calles y enclavadas en los canales, se presentan á la vista cual altas popas de navíos de tres puentes. Por lo general son estrechas, regularmente altas, terminando por su parte superior en una especie de fronton muy parecido al coronamiento de popa de un buque, ó al testero de una cama antigua. Todas ellas están llenas de ventanas grandes y simétricas tocándose las unas á las otras, de modo que hay fachadas que semejan inmensas vidrieras, y se las embrea, ó da betun, desde el tejado á la planta. Los adornos sobrepuestos del dicho fronton, son por lo regular del género barroco, y figuran flores, frutos, jarrones, follajes, ó figuras alegóricas, estando pintados de blanco y resaltando sobre el color oscuro del resto del edificio. El indicado remate tiene en el centro una ventana cuadrada más pequeña que las del resto del edificio, con una ventanilla redonda á cada lado. Debajo está, en un cartel de madera, la fecha de la construcción y el nombre del propietario.

Luégo, las casas están inclinadas hácia delante y hácia los lados, siendo su forma general la de una cuña, para que así se enclaven bien en aquel terreno tan poco firme; y las unas no están pegadas á las otras, sino que sólo se tocan, todo lo cual acaba de darles el aspecto de grandes buques alineados. Limita la parte baja de los edificios una balaustrada ó verja. Una pequeña escalera construida de lado, parecida á la que tienen los vapores cuando están anclados, conduce á la entrada, la cual es estrecha, y á veces baja. Una especie de escotilla á flor de tierra forma la entrada de las tiendas, para llegar á las cuales hay que bajar cuatro ó seis escalones. De lo alto de las casas sale hácia la calle, como si fuera un botalon, una viga con una polea, que sirve para meter los muebles y los bultos en ellas, pues como las puertas son tan pequeñas, la introducción de estos objetos se hace por las ventanas.

Rompe la monotonía de estas calles una infinidad de pináculos de los edificios públicos, de formas extrañas, campanarios de una altura más que común, terminando su punta en una bola formada por aros de hierro y parecida á una esfera armilar. Las calles, casi todas, excepto las travesías, están formadas por dos muelles y un canal central, que va á desembocar á otro mayor hasta parar en el Amstel, los cuales están llenos de barcos y de balsas que sirven para el transporte. Algunos vaporcillos los recorren. Infinidad de puentes forman el paso de una isla á otra de la ciudad. Algunos de estos puentes se abren por el centro y se levantan en dos mitades para dar paso á los vapores. Estos tienen en su mayor parte la chimenea articulada, la cual se baja al pasar por debajo de los puentes fijos.

Las calles, ó mejor dicho, los canales de la ciudad están dispuestos en forma de semicírculos concéntricos, cuya cuerda es el gran dique, ó *Dom*, y cuyo radio común, que los divide en partes iguales, es el Amstel.

Establece la comunicación entre estos semicírculos una multitud de callejuelas tan estrechas que más bien parecen grietas, ó cortes practicados entre las casas. Tan estrechas son, que los edificios se tocan por su parte superior mientras que por la inferior dejan sólo el espacio necesario para que pasen una ó dos personas de frente.

En estas callejuelas uno se siente como poseído de un vértigo. A veces se llega á figurar uno que delira, que sueña ó que está ebrio. Siguiendo sus tortuosidades ve las casas que se inclinan hácia uno ú otro lado ó hácia delante de una manera desigual, como una fila de borrachos que quisieran hacer una reverencia. Llegase á temer que las macetas que hay en las ventanas caigan encima del transeunte.

Las aguas en ciertos canales secundarios están estancadas, las letrinas van á parar á ellas, y no se promueve la circulación más que á ciertas horas. Esto produce un mal olor en toda la población que engendra en cierta época del verano fiebres de carácter intermitente y maligno. El aspecto de las gentes es ordinario. En general visten mal y no tienen el color muy sano, al contrario de las del campo, cuya frescura encanta. Su estatura es baja, tienen el pelo rubio ó rojizo por lo general, pero venen muchos tipos de origen español, y otros que revelan la raza israelita. Las costumbres son extremadamente utilitarias. Cada vecino ocupa una casa entera; pero á veces una casa que sólo tiene de anchura unos tres metros, la dividen entre dos, por medio de un tabique longitudinal.

La unidad monetaria es el florin, ó antiguo escudo, así es que el precio de las cosas es excesivamente elevado. Las tiendas son pobres y muy parecidas á los almacenes de nuestra Barceloneta.

La Exposición está emplazada encima de unas lagunas que formaba uno de los canales, al extremo de la población. La construcción, como todas las demás, se apoya sobre estacas.

El edificio que le sirve de entrada, y que al mismo tiempo contiene el Museo arqueológico y etnográfico, representa un palacio de arquitectura holandesa de fines del siglo xv.

Sus torres son puntiagudas y cubiertas de pizarras, teniendo por remate caprichosas veletas de hierro forjado; sus tejados forman cortante quilla que acaba en historiada crestería.

Sus ventanas son ojivales. La construcción es de ladrillo rojizo; grandes bóvedas de piedra sostenidas por haces de columnas, forman el vestíbulo. Las ventanas contienen vidrieras de colores, y los postigos están listados de los colores nacionales.

Inmediatamente después de este edificio se encuentra el parque en que está emplazado el pabellón central. La fachada de éste es de estilo indio de la época de las religiones sectarias, aunque no muy puro. Parece algo á un templo Visnuita. Dos torres laterales adornadas con cabezas de elefante y monstruos de formas extrañas, sostienen un inmenso chal de Cachemira, que se adelanta dando sombra á un pórtico de cuyas columnas forman los capiteles, los caballos de Persépolis. En el muro hay un bajo relieve más griego que indio; simboliza el trabajo humano.

La Exposición es universal, pero de todo lo referente á colonias.

Nos ocuparemos de ella en la próxima revista.

POMPEYO GENER

### NUESTROS GRABADOS

EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes

A juzgar por la muestra del auditorio, y del templo, ni este es Nuestra Señora de París, ni el orador será ningún émulo de Massillon ó Lacordaire, ni los sabios de la Sorbona ó del Instituto se han congregado en la iglesia para oír la palabra de Dios.

¿Esto qué importa?... Donde quiera que, en el interior de un lugar recogido, se eche de ver una cruz, allí existe un templo; como quiera que una voz, llena de unción, lea tan sólo el Evangelio del día, se pronuncia el más sublime é inimitable modelo de oratoria sagrada; cualquiera que sea la condición y el talento del que acude al lugar santo para oír palabras de consuelo, de amor y de perdón, esté seguro el oyente fervoroso de que la palabra divina germinará la virtud en su pecho, aun sin darse cuenta de ello, como sin darse cuenta de ello la tierra se siente fertilizada por el rocío matutinal.

Todo lo que respira reposo y tranquilidad sienta bien en la casa del Señor. Cierta que alguna vez el reposo de algunos concurrentes llega á ser tan profundo que pudieran pasar por dormidos profunda y seráficamente. Esto ocurriría con menos frecuencia en el sermón, siempre que el orador supiera acomodarse á la naturaleza de sus oyentes. Pero en ello consiste, precisamente, la dificultad. No hay inteligencia, por limitada que sea, que no comprenda ó sienta á Dios, siempre que la explicación de la idea de Dios se funde en imágenes al alcance del auditorio. Para el labrador, Dios es el Dios que hace germinar las doradas espigas en los elásticos tallos; para el soldado, Dios es el Dios que concede ó niega la victoria; para la mujer, Dios es el Dios que ennoblece á su sexo y hace velar por sus ángeles la cuna de los niños enfermos.

Hablado á cada uno según su comprensión y sobre todo, según el estado de su ánimo, y estad seguros de haceros comprender y lo que es más, de infiltrar vuestra unción en el pecho de vuestros oyentes. Dios es todo amor y todo consuelo, y no hay en el pícaro mundo mortal tan feliz que de consuelo no necesite un día, ni corazón tan duro que al amor no se abra alguna vez en la vida.

BAÑOS DE MAR EN POSILIPO, cuadro por E. Dalbono

No es esta la primera vez que publicamos en nuestro periódico reproducciones de cuadros de Dalbono. La del que hoy insertamos no necesita descripción. ¿Quién no ha oído hablar ó leído algo acerca de la amena playa de Posilipo, en el golfo de Nápoles, á donde acuden en la estación veraniega muchas familias de la capital en busca del puro ambiente y de la grata frescura de que no es dable disfrutar en la populosa ciudad?—En cuanto á la sencilla elegancia de la composición de este cuadro, al carácter de las figuras, al acierto en el dibujo y á la originalidad del conjunto, son caracteres en los que se revela el diestro pincel del distinguido artista italiano.

CAZADOR DE PARADA, dibujo por J. Llovera

La cinegética que, desde la abolición del feudalismo había perdido no poco de su importancia, ha vuelto á hacer numerosos prosélitos en todas las esferas sociales. Leyes votadas en córtes nos dicen cuándo y cómo puede matarse á ciertos animales; una vigilancia rigurosa y bien organizada cuida solícitamente de las perdices y de los conejos, cuya preciosa vida defiende por durante unos cuantos meses la presunción de la maternidad: fúndanse casinos de especialistas dentro de los cuales Dios es Dios y Nemrod es su profeta; escriben obras interesantes acerca de la manera más científica de tumbar desde las codornices hasta los leones, y los trenes de todos los ferrocarriles conducen los sábados y vísperas de días festivos á un gran número de aficionados incorregibles, á quienes no escarmienta la repetida experiencia de la infructuosidad de sus madrugones y fatigas.

Hay cazadores de caza mayor y menor, como los hay que pudiéramos llamar cazadores á pecho descubierto y cazadores con trampa. Este último sistema está prohibido generalmente; mas por lo mismo tiene no pocos adeptos á quienes pudiéramos llamar aficionados ilegales ó de mala ley. Esta clase tiene distintas variantes y Llovera ha dado con la más terrible de todas.

Porque ya una vez en la pendiente, el cazador no se detiene ante la calidad de las piezas á que dirige su puntería, y por más que se diga que en nuestros campos no se encuentra caza mayor, lo cierto es que muchas veces lo que no descubre el perro lo descubre su amo. ¡Pobres, en semejante caso! Las heridas de una pasión en mal hora despertada pueden ser más funestas que las ocasionadas por los perdigones, y el fuego que despiden la boca de una escopeta es ménos abrasador que la mirada fascinadora de ciertos gavilanes.

En el precioso dibujo de Llovera, la paloma torcaz parece jugar hasta ahora con el halcón; sin embargo, malo es que el halcón se haya fijado en la paloma.

Confesemos ingenuamente que de todas las cazas traídas, la que representa nuestro grabado es la más lastimosa y de peor género. Es como tirar á una de esas avecillas que ni siquiera se recogen después de muertas.

MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle

El Breisgau es una comarca situada en el extremo meridional del gran ducado de Baden, que comprende los dos vertientes de las montañas de la Selva Negra, y que en lo antiguo tuvo sus condes particulares; sólo está incorporado á dicho ducado desde 1805, y en la actualidad no forma una división política ó administrativa de él, sino que es puramente una denominación geográfica de uso local.—Sus habitantes, como todos los del ducado y en especial los del sexo débil, se distinguen por la extraña moda de sus tocados, como lo prueba el de la muchacha de nuestro grabado, el cual exponemos á la consideración de nuestros lectores, no por su comodidad y buen gusto, sino por su originalidad.

### EL HAZ DE NERVIOS

I

Era Gustavo uno de esos hombres singulares cuya personalidad, como todo lo que se aparta de lo común y vulgar, queda grabada de un modo persistente é indeleble en la memoria de todos aquellos que tienen la suerte ó la desgracia de haberlos tratado.

Conocíle en la magnífica quinta del Conde \*\*\*, situada á cinco ó seis kilómetros de Madrid, donde se habían reunido varios amigos del dueño de la posesión con objeto de dedicar unos cuantos días al noble, y para mí cruel, ejercicio de la caza. Nunca he sido devoto de San Eustaquio: así es que mientras mis compañeros corrían desalados por montes y vericuetos tras las medrosas liebres y los atribulados conejos, pasábame yo las horas muertas despolvoreando códices y hojeando librajos en el salón de la biblioteca en la cual mi rico anfitrión poseía un verdadero tesoro.

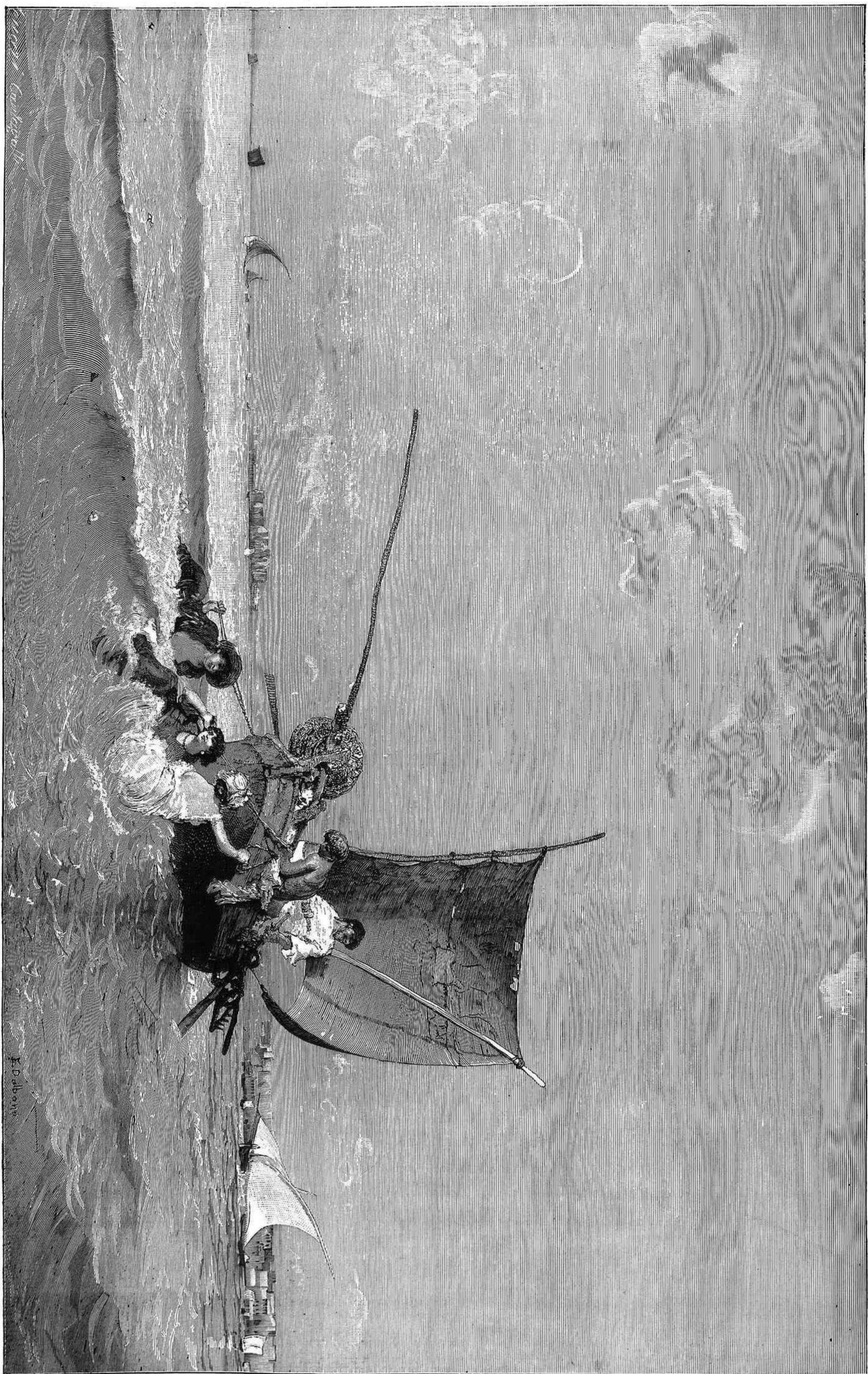
No trascurrió mucho tiempo sin que el número de los huéspedes se aumentase con un nuevo personaje. Era este un hombre excesivamente pálido de rostro y en extremo raquíptico de cuerpo. Apenas contaba treinta y cinco años y ya sus cabellos estaban completamente blancos. Cuando llegó á la quinta íbamos á sentarnos á la mesa.

—Tengo el gusto de presentar á Vds. á mi antiguo amigo Gustavo de Carvajal,—dijo el conde ofreciendo al recién llegado un sitio á su derecha.

Desde aquel momento el nuevo compañero inspiróme un vivísimo interés despertando mi curiosidad hasta un grado sólo verosímil en las mujeres.

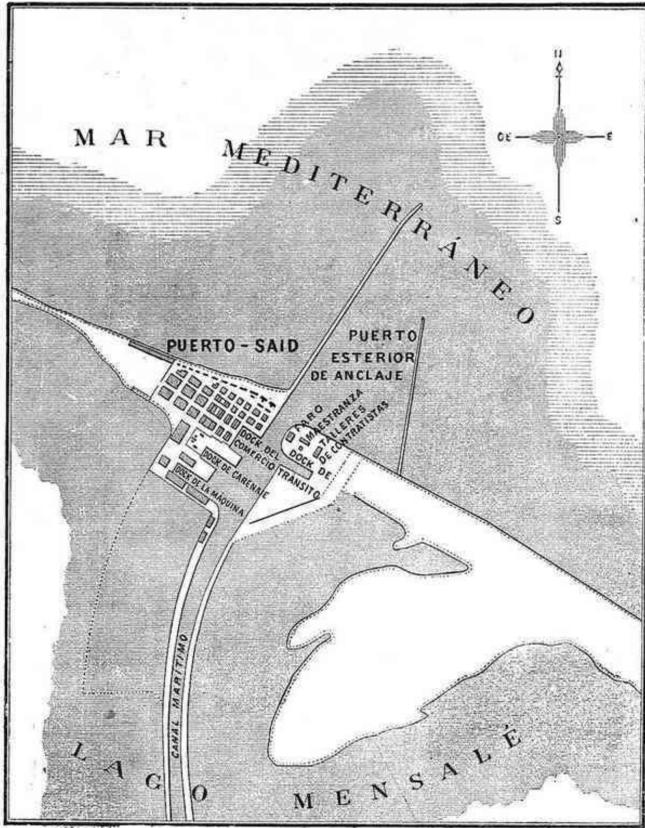
Gustavo estaba, como yo, poco avezado á los rudos ejercicios venatorios y era, también como yo, muy aficionado á los libros: nadie, pues, se admiraba de que, todas las tardes, los cazadores al regresar de sus cotidianas expediciones nos encontrasen á ambos embebidos en la lectura, sentados al lado de la chimenea de la biblioteca al amor de una lumbre que las primeras humedades del otoño hacían ya casi necesaria.

No tardó en establecerse entre Gustavo y yo cierta familiaridad de buen tono, y pronto entramos en el terreno de las confidencias. Cuando llegó este caso, cuando á favor de aquella intimidad naciente pude empezar á leer, aunque de un modo confuso, en su alma, la mía experimentó maravillosas sorpresas. Por mucho que prometiera el exterior de Gustavo, yo no podía estar preparado á las anomalías que su estado psicológico presentaba, y siempre que mi nuevo amigo me ofrecía ocasión de estudiar su naturaleza extremadamente compleja y desequilibrada, mi espíritu sentía una admiración análoga á la que pudiera experimentar un hombre de sangre fría y criterio sereno al cual fuera dado analizar, hasta en sus más pequeños detalles, los fantásticos sueños de un fumador de opio.



BAÑOS DE MAR EN POSILIPPO, cuadro por E. Dalbono





PLANO DE PUERTO SAID

La cuestion del canal de Suez, una de las obras más notables de nuestro siglo, no solamente bajo el aspecto técnico y de especulacion sino tambien bajo el político, el del comercio universal y de la civilizacion, ha ocupado recientemente, y ocupa aún la atencion universal por haber entrado en una doble fase nueva y apénas prevista, la de la intromision de la Inglaterra en la administracion, y la del ensanche indispensable del mismo y reduccion de precios de pasaje. Esto nos ha inducido á ofrecer á nuestros lectores algunos grabados y mapas para ilustrarles acerca de esta cuestion actualmente tan debatida.

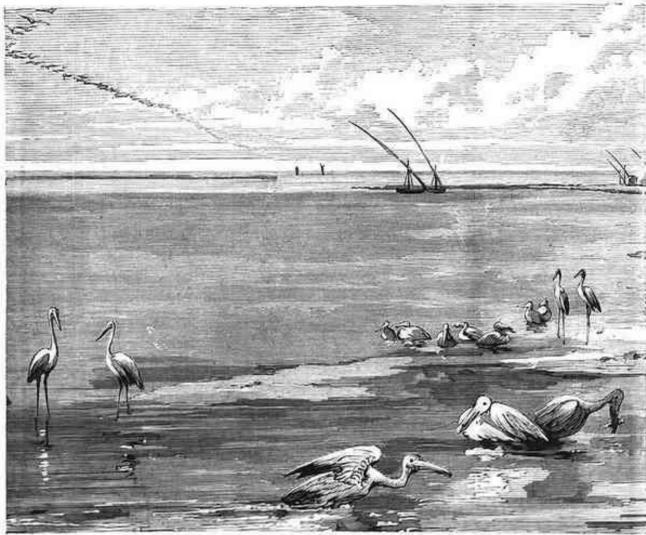
El autor y director de la empresa es el vizconde Fernando de Lesseps, uno de los hombres más grandes y útiles á la humanidad de cuantos honran nuestro siglo al decir de los mismos periódicos ingleses, y cuya biografía es sobrado conocida para que la reproduzamos aqui.

Al terminarse el actual canal aprovechóse de él en primer lugar la Gran Bretaña cuyos buques constituyen hoy las cuatro quintas partes de todos los que transitan por esta via maritima, y pagan de consiguiente á la compañía empresaria igual proporcion de peaje, sin poder intervenir para nada en la direccion, ni por consiguiente obtener mejora ni rebaja alguna mientras la administracion no se incline á ello y las conceda de su propia voluntad.

Pero en 1875 vióse obligado el virey á arbitrar recursos pecuniarios, y el gobierno inglés apresuróse á aprovechar esta circunstancia comprándole por 5 millones de libras esterlinas (125 millones de pesetas) las 176,602 acciones del canal que tenia, á pesar de haber dado el virey en garantía de un empréstito los intereses y beneficios de las mismas hasta el año 1894; los ingleses tuvieron ya con esta adquisicion un pié en la empresa.

Hé aquí ahora lo que reclama el nuevo socio, el gobierno inglés:

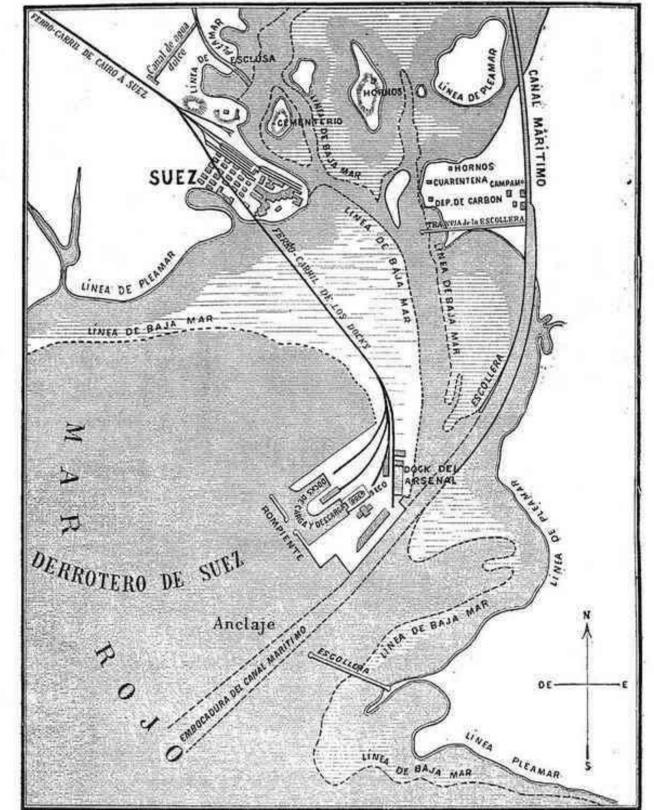
1.º Ensanche del canal conforme exige el creciente número de buques; ya sea aumentando las dimensiones del actual, ó bien construyendo otro nuevo paralelo al primero.



LAGO MENSALÉ, POR EL QUE PASA EL CANAL



MR. FERNANDO DE LESSEPS, presidente de la compañía del Canal de Suez



PLANO DEL PUERTO DE SUEZ

2.º Una reduccion notable en los derechos de tránsito que son ahora 10 francos por tonelada y que deben reducirse de 50 en 50 céntimos hasta 5 francos; pagando los buques en lastre siempre 250 francos ménos que los cargados. M. Lesseps pide que se hagan estas rebajas sucesivas á medida que aumenten los beneficios, que se calcula llegarán en 1885 á 21 % por cada accion comun de 500 francos nominales. El capital total está distribuido en 400,000 acciones.

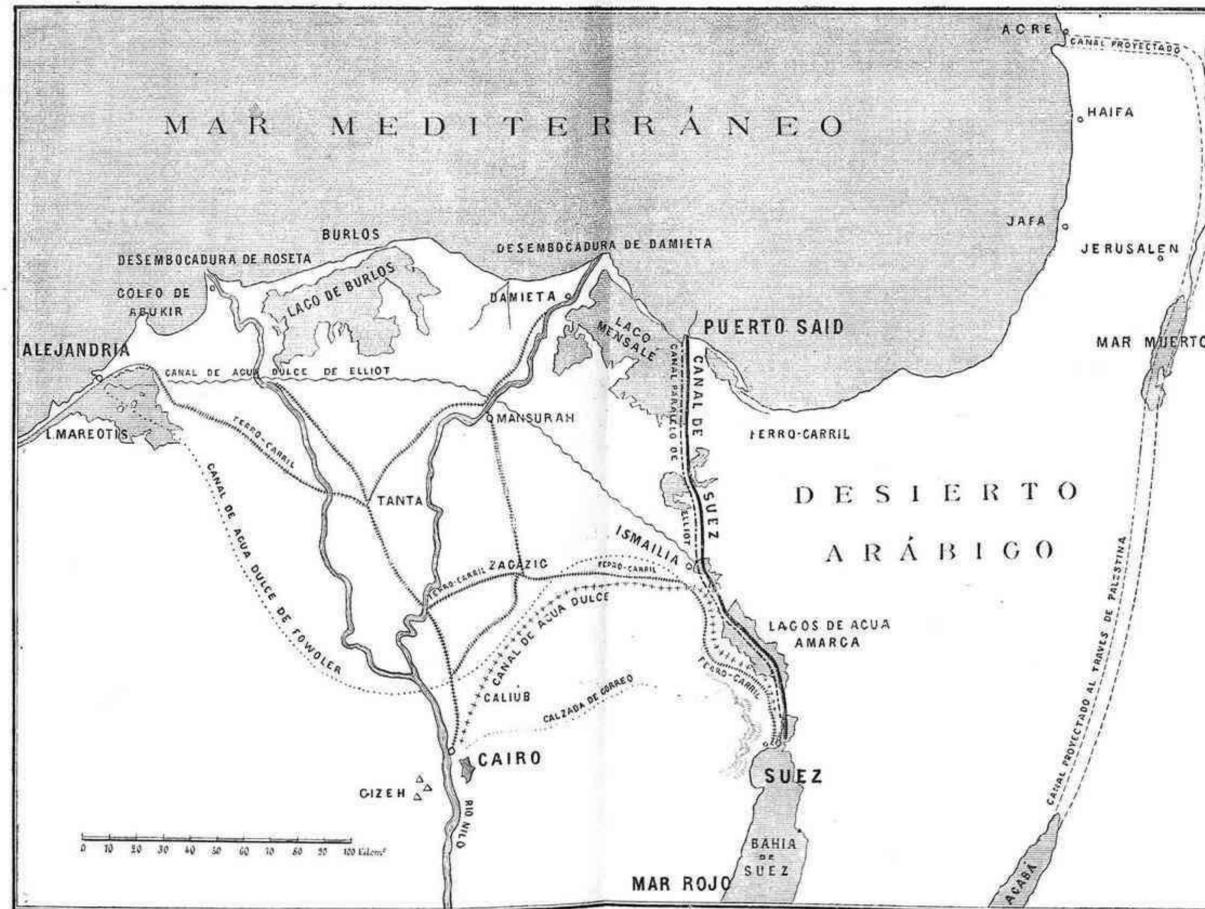
	Libras esterlinas
El rendimiento del Canal fué en 1882.	2,005,440
Gastos.	749,000
Beneficio liquido.	1,256,440

De éste recibió conforme á los estatutos de la compañía:

El gobierno egipcio el 15 por ciento.	188,000
Los socios fundadores el 10 por ciento.	126,800
Los directores de la Compañía el 2 por ciento.	25,320
El fondo de invalidos el 2 por ciento.	25,320
Los accionistas el 71 por ciento.	900,000

ó sea un dividendo de 56'22 francos por accion.

Poca ó ninguna explicacion necesitan los tres mapas. En el mayor de ellos verán nuestros lectores al lado del canal actual de navegacion entre Puerto-Said y Suez, el proyectado por Elliot que es el que más probabilidad tiene de ser ejecutado. Otro canal se ha proyectado desde Acre al través de la Palestina, y es fácil que se construya tambien en un plazo no muy remoto.



PLANO DEL CANAL DE SUEZ Y DEMÁS VÍAS DE COMUNICACION EXISTENTES Ó EN PROYECTO



EL LLANO DE PELUSA AL ESTE DEL CANAL DE SUEZ





CAZADOR DE PARADA dibujo por J. Llovera

## II

—Es indudable,—me decía un día Gustavo,—que lo que hoy llaman nuestros ateneístas *sensitividad* puede aplicarse perfectamente á la facultad morbosa que caracteriza mi temperamento. Los hombres, los acontecimientos y las cosas me impresionan de una manera especial y profunda. Experimento por los objetos repulsivos una repugnancia particular que se manifiesta por signos físicos casi siempre en extremo ridículos. Los objetos agradables me conmueven del mismo modo: lo que en V. provocaría apenas una imperceptible sonrisa, á mí me haría prorumpir de seguro en estrepitosas carcajadas. La exageración es la base de mi carácter. ¿Sabe V. por qué no soy aficionado á la caza?... porque el ruido de las detonaciones me asusta. Y no es que sea cobarde, no; ni puede serlo quien, como yo, ha vestido el uniforme de guardia marina: al contrario, mi valor raya á veces en temeridad. No es el peligro que resulta de un escopetazo lo que me inquieta, pues me hago cargo perfectamente de las situaciones y sé que no corro ningún riesgo: además, si fuera preciso aguardar la muerte ante una carabina cargada hasta la boca, crea V. que no retrocedería un solo paso. Lo que yo temo es el ruido, la conmoción comunicada á los nervios auditivos, el sobresalto físico independiente de la voluntad. De igual modo, la risa de una persona alegre, es decir, el signo exterior de su alegría, me conmueve mucho más de lo que me conmoviera la causa de esa misma alegría si pudiera serme conocida. Ya comprenderá V. los disgustos á que me expone una manera de ser tan extravagante. En las cosas más vulgares y sencillas me empeño siempre en ver algo anómalo y desusado. Si conociese V. mi vida, probablemente no encontraría V. en ella nada extraordinario y sin embargo á mí me parece la más fantástica de todas las vidas. Tengo además que confesar que lo sobrenatural me impresiona y atrae á pesar de la resistencia que mi espíritu le opone: no creo en apariciones nocturnas, ni en brujas, ni en fantasmas; mi razón las rechaza con energía, y, sin embargo, mi naturaleza física las teme. Y si no, haga V. la prueba: ya ve V. que los dos estamos perfectamente tranquilos: pues bien, esta conversación me ha predisposto al miedo de tal modo que si de repente se pusiese V. á gritar que viene el diablo, á pesar de conocer todo lo ridículo del caso me vería V. echar á correr tan desatinadamente como un niño á quien se amenazase con que viene el coco.

Y al pronunciar estas últimas palabras en un tono casi festivo, la fisonomía de Gustavo se alteraba imperceptiblemente.

—Amigo mio,—le dije—es V. un hombre verdaderamente extraordinario y no puedo ocultarle la curiosidad que en mí ha despertado V. por conocer la historia de su vida.

—Tarea larga sería esta,—contestóme,—y por añadidura, enojosa: sin embargo, voy á referirle á V. una de mis más recientes aventuras. Tal vez le parecerá á V. sumamente sencilla; en cuanto á mí creo descubrir en ella la intervención de una horrible y despiadada fatalidad.

Arrellanéme en mi butaca, encendí un cigarro, arimé los pies á la lumbre, y Gustavo empezó su narración en estos términos.

## III

—Era un viernes por la tarde.... fijese V. bien en el día.... ¡un viernes! día considerado por el vulgo como nefasto á pesar de haberlo dedicado los romanos á Venus, la diosa del amor y de los placeres. El sol se despedía ya de los más altos tejados de la coronada villa con un beso triste y frío como el de una coqueta vieja, cuando yo salía del Casino del Príncipe donde acababa de perder al baccarat unos cuantos miles de reales. Intranquila la conciencia, pesado el cuerpo y engolfado el espíritu en infortunadas reflexiones sobre los azares de la suerte, dirigíame por la Carrera de San Jerónimo hacia la Puerta del Sol. La imaginación de los jugadores perdidosos es casi siempre fecundo veneno de ideas extravagantes, y en mí hubo de acreditarse este axioma truhanesco, pues durante aquel corto trayecto se me ocurrió una por todo extremo rara y singular é impropia además de todo entendimiento medianamente culto: la de visitar á la tía Mirlitona. Era esta una mujer que echaba las cartas, adivina, confeccionadora de drogas y zurcidora de voluntades, todo en una pieza, que vendía sus augurios, maleficios y encantos en una casa de la calle del Olivo, y de la cual me había hablado un amigo mio como de una persona extraordinaria. Dirigíme, pues, á la mencionada calle y al llegar al portal de un caserón viejo y destartado, n.º 60, entrada de la cueva donde se

dedicaba la moderna Sibila á su misteriosa profesión, me detuve indeciso sin saber qué hacer. Impulsado sin embargo por una fuerza irresistible, entré. Al llegar á la mitad de la escalera, ví que por ella bajaba una jóven como de quince años cuya maravillosa belleza me llamó poderosamente la atención. Apartéme á un lado para dejarla libre el paso y continué subiendo hasta encontrarme delante de una puerta toscamente hecha de tablas carcomidas por cuyas juntas se escapaba un fuertísimo olor de espliego quemado. Tiré del grasiento cordón de una campanilla cascada y chillona, abríome no sé quién é introdujéronme en una sala pobremente amueblada. No había tenido tiempo aún de examinar el lugar de la escena cuando entró la Mirlitona. Era una mujer de 50 á 60 años, baja de estatura, rechoncha de cuerpo, sombreados el carnoso labio y las mofetudas mejillas por unos cuantos centenares de cerdas que hubieran avergonzado á un granadero, y con unos ojos redondos y brillantes como los del mochuelo. Enterada del objeto que allí me llevaba, invitóme á sentarme á una mesa cubierta con un tapete verde sobre la cual extendió una baraja mugrienta y pegajosa que acababa de sacar de su bolsillo. Murmuró luego algunas palabras cuyo significado no comprendí y levantándose de pronto exclamó:

—Usted acaba de encontrarse con una muchacha en la escalera, señorito.

—Y muy guapa por cierto—contesté yo.

—Se llama Paulina.

—¡Bonito nombre!

—¡Es extraño!—exclamó la adivina quedando por espacio de algunos segundos como sumida en profundas meditaciones despues de las cuales continuó:

—Fijese V. bien en mis palabras, señorito. Jamás llegará V. á ser marido de esa jóven.

—Lo creo.

—Ni hablará V. nunca con ella....

—Es posible.

—Ni volverá V. á verla.

—Lo siento,—dije yo ya un poco amostazado y sólo por decir algo.

—En fin—prosiguió la tía Mirlitona,—esa jóven morirá.... sí... y morirá en esta casa.... pronto.... muy pronto.... mañana tal vez.... sí, mañana.... y sin embargo, señorito....

—Qué quiere V. decir?

—Y sin embargo, si le sucediera á V. con mi hija lo que le ha de suceder á V. con esa jóven, me moriría de dolor, ¡oh sí, señorito! me moriría de dolor.

No tuve paciencia para oír más: arrojé un duro sobre la mesa, tomé la puerta y salí á la calle.

## IV

—Usted se figurará sin duda,—prosiguió Gustavo,—que yo no me acordé ya más de la predicción de aquella maldita vieja y que sus palabras no influyeron para nada en la marcha de mi vida. Pero se equivoca V. Todas las noches era presa de horribles pesadillas y la bruja se me aparecía haciendo grotescos visajes y gangueando á guisa de salmodia su extraña profecía. El modo cómo había esta de realizarse llenaba mi espíritu de inquietud, y las contradicciones que envolvía me la presentaban á cada momento más misteriosa y espantable. Al cabo de algunos días la conversación con la hechicera era mi idea fija. Perdí el apetito y tomé horror al trabajo: no podía descansar de día ni de noche, y en fin, concluí por apartarme de todo trato social y me volví grosero y casi salvaje.

Entonces, aconsejado por los médicos, tomé la resolución, haciendo un esfuerzo supremo, de procurar remedio á mi extraña enfermedad distrayendo mi atribulado espíritu, y me dediqué á la pintura.

Una tarde salí de Madrid con objeto de tomar puntos de vista para mis paisajes, y, por la carretera de Arganda, llegué hasta las orillas del Jarama. Allí mis cavilaciones hubieron de apartarme del camino trillado y, sin saber cómo, fuí por sendas y vericuetos á parar á un sitio para mí completamente desconocido.

Era ya muy tarde y empezaba á llover.

Volví los ojos á mi alrededor en busca de un abrigo y no ví ninguno.

Entre tanto el chubasco arreciaba y yo no hacía más que andar, andar, andar siempre.

La noche había cerrado por completo y era oscura como boca de lobo.

De pronto á la luz de un relámpago creí distinguir delante de mí, á pocos pasos, una masa negra. Era un ventorrillo y me dirigí hacia él con el corazón lleno de esperanza.

La puerta del patio estaba entornada: entré y halléme en medio de una infinidad de carros, carre-

tas y carromatos á los que mi imaginación revistió en el acto con mil fantásticas formas.

Otro que no hubiese sido yo hubiera llamado al motril ó á la moza de la venta y pedídoles hospedaje. Al principio también fué este mi propósito, pero, por lo mismo que era lo lógico y lo de sentido común, me guardé muy bien de llevarlo á cabo.

Llamar golpeando aquellas tablas carcomidas que de seguro hubieran producido un sonido lúgubre y siniestro, hacer levantar de la cama á los que en ella profundamente dormían, y encontrarme por fin cara á cara con una Maritornes de adusto ceño que me recibiría desperezándose y echándose una maldición entre bostezo y bostezo, todo ello formaba para mí un conjunto de dificultades que quería evitar á todo trance. Prefería la triste perspectiva de dormir bajo un cobertizo, sobre un montón de paja, exponiéndome á que luego me tomasen por un ladrón ó por un mendigo vagabundo, á la agradable de acostarme en una cama despues de haber reforzado convenientemente el desfallecido estómago.

¡Y todo por miedo de molestar! Pero tal es mi naturaleza que me lleva á sufrir verdaderas incomodidades y á afrontar peligros reales ántes que ocasionar ligeras é insignificantes molestias.

El temporal seguía arreciando: parecía que llovían chuzos.

No había en el patio cobertizo alguno, y por tanto metíme debajo de una carreta; pero por la junta de sus tablas el agua caía á chorro sobre todo mi cuerpo, lo que me hacia el efecto de estar tomando un baño ruso.

Salí de mi escondrijo, que otra cosa no parecía el sitio que para guarecerme de la lluvia había escogido, y exploré de nuevo el terreno. Despues de muchas idas y venidas, dí por fin con una especie de coche que se me figuró tener alguna analogía con los que usa Carlos Prast para servir á domicilio sus mercancías. Dí la vuelta al rededor del vehículo y ví que estaba cerrado por todos lados: pero á fuerza de tentar encontré una cosa como una placa de hierro que oprimí con toda la fuerza de mis dedos y las dos hojas de la portezuela se abrieron.

¡Oh contradicción de un temperamento ridículo! ¡yo que no me había atrevido á llamar á la puerta de una venta, llevaba mi audacia hasta el extremo de forzar la cerradura de un coche ajeno!

Eché una ojeada al interior del vehículo; su cavidad me pareció profunda. Esto no obstante busqué á tientas el estribo, y andando á gatas entré en el carruaje tendiéndome en su fondo cuan largo era: un objeto muy duro, con el cual tropecé, me servía de almohada, y pronto logré conciliar un sueño reparador y tranquilo.

De pronto me desperté sobresaltado.

¡Tenía miedo! Mis cabellos se ponían de punta, mis dientes castañeteaban, un sudor frío cubría todo mi cuerpo, en fin, tenía miedo.

Pero ¿de qué? imposible me hubiera sido decirlo. Y sin embargo yo estaba en el uso completo de mi razón, recordaba perfectamente todos mis actos, sabía que había abierto la portezuela de un coche, que me había metido en él y que allí me había quedado dormido.

¿De dónde provenía, pues, aquel miedo irresistible? ¿Acaso del ruido de la lluvia goteando sobre los tejados ó de los quejidos del viento, ó de la noche ó de la soledad?

Yo no lo sé, pero lo cierto es que padecía como un condenado.

¡Con qué impaciencia aguardaba á que despuntase el alba!

Pero ¿por qué no salía V. de su nicho? me preguntará V.

¡Ay amigo mio! porque me hubiera sido imposible hacer movimiento alguno, porque un frío extraño paralizaba mis miembros, porque todo mi cuerpo estaba como petrificado, en fin, porque tenía un miedo espantoso!

Las tinieblas de la noche no se habían disipado todavía y sin embargo debía ya hacer mucho tiempo que yo me encontraba allí.

Entonces me hice la reflexión de que tal vez fuese ya de día y de que yo no veía la luz de la mañana por impedírmelo la portezuela cerrada sin duda alguna por el impulso del viento.

Reanimado con aquella idea, reuní todas mis fuerzas y con mis pies empujé violentamente la portezuela; la madera crujió y los dos batientes se abrieron.

Un torrente de luz inundó mi rostro.

El espectáculo que se presentó á mis ojos me heló de terror.

¡Había pasado la noche en uno de esos coches negros que la *Funeraria* pone al servicio del público para trasportar los cadáveres, y un ataud de plomo me había servido de almohada!

Media hora despues supe por el conductor de aquel lúgubre vehículo que el cadáver en el féretro encerrado y que trasladaba á Cuenca era el de una jóven llamada Paulina que acababa de morir en Madrid en la casa número 60 de la calle del Olivo.

JUAN DEL HUERTO

¡¡EH!! ¡¡A LA PLAZA!!

¡Bendito sea el primero á quien le ocurrió la idea de hacer la primera plaza de toros en nuestra tierra!  
 ¡Benditos sean los hombres que tienen sangre torera!  
 ¡y bendita una y mil veces tan extraordinaria fiesta!  
 Lector, ¿eres de los míos?  
 ¡Claro que sí! Pues ¡aprieta!  
 ¿Vives en Madrid? ¡Me alegro!  
 ¿Tienes billete? Pues ¡ea!  
 Vente conmigo hácia el Suizo que ya son las dos y media.

I

ANTES DE LA CORRIDA

¿Qué animación! ¡Qué alegría!  
 ¡Qué cuestiones! ¡Qué reyertas!  
 ¡Cuánto coche! ¡Cuánta gente!  
 ¡Qué animada concurrencia!  
 ¡Cuánto señorito chulo!  
 ¡Cuánta chula en carretela!  
 ¡Cuánto augurio de cogida!  
 ¡Cuánta cogida de veras!  
 ¡Cuánto ruido! ¡Cuántas voces!  
 ¡Y cuántas mujeres bellas!  
 —(Pues no parece sino que cuando hay toros, se quedan encerradas en sus casas todas las mujeres feas.)—

—¡Aquí! ¡A la Plaza! ¿Nos vamos? Señorito, uno me queda!

—¡Paco!

—¿Qué?

—¿Vienes?

—Aguarda,

que voy á tomar cerveza.  
 ¿Gustas?

—¿Qué he de gustar yo de bebidas extranjeras?

El hombre que va á los toros, es necesario que sepa lo que ha de beber, ¿entiendes? porque sino se marea y no sabe distinguir

si una vara está bien puesta, y en la corrida es preciso tener mucha inteligencia.

—Pues te convidó á unas copas de aguardiente!

—¡Eso varea!

Tratándose de aguardiente dame todo lo que quieras. A estas horas me he bebido yo solo un par de botellas, y, ya lo ves, ¡tan campante! Con que, andando á la taberna! Voy á llenar esta bota de vino de Valdepeñas pa tirársela al Gallito aunque le rompa la cresta.

—Gracias á Dios que por fin te encuentro.

—Chico, dispensa.

En vez de almorzar en casa me fui á almorzar á la Venta, y luego fui al apartado.

—¿Tú solo?

—¡Quí! No! Con ella!  
 ¡Qué bichos los de esta tarde!  
 —Buenos, eh?

—Son de primera!

El que ménos, de seguro que tiene nueve ó diez yerbas.

—¡Muchas yerbas me parecen!

—No son toros; son seis fieras!

Hay uno berrendo en negro más fino y con unas velas!...

¿Pues y otro albardao?... ¡Chico!

¡Qué corrida nos espera!

—¿Lo aseguras?

—¡Ya lo creo!

—Perdona que no te crea; pues con los toros sucede igual que con las comedias. Algunas que en los ensayos parecen buenas, muy buenas, en cuanto se alza el telon

el público las revienta.

—Yo no entiendo de teatros;

pero de toros... ¡Canela!

Hace seis años que estoy abonado á una barrera;

soy muy amigo del Curro

y Frascuelo me tutea,

con que, figúrate tú

si entenderé en la materia!

¿Vienes? Aquí está mi coche.

¡Juan! ¡Arrima!

—¡Vamos!

—¡Entra!

—Conde, vaya V. con Dios!

—A los piés de V., marquesa.

¿De toros, eh?

—Pues es claro!

¿Faltar yo? ¡Qué se dijera!

—¿Y el marqués?

—Está de cama.

—¿Grave?

—Aprensiones... pamemas.

Creo que es algo del hígado.

En fin, ni lo sé siquiera!

—Pues voy á verle.

—Si! Si!

Vaya V.; no se detenga.

El infeliz necesita

que le distraigan...

—Marquesa...

—Abur, conde, hasta despues.

—Adios, que V. se divierta!

—Amigo Perez!...

—¿Qué pasa?

—Pues, que estoy en la miseria.

¡Que me han dejado cesante!

¡Que tengo á mi esposa enferma!

¡A mi suegro con tercianas!

¡Con pulmonía á mi suegra!

¡Al niño mayor con tifus!

¡Y al pequeño con viruelas!

—Pues, hijo, ni un hospital!

—¡Ay, Perez! ¡Si tú supieras!...

—Vamos, toma, y que se alivien!

—Muchas gracias. ¡Tres pesetas!

Voy á tomar un tendido.

¡Oh, amistad! ¡Bendita seas!

—¡Aquí! ¡Suba V.! ¡Uno falta!

—Chico, aguarda! Micaela!

—Antonio!

—¿Dónde me meto?

—Súbase V. á la banquetta!

—Chica, sube aquí conmigo!

—¡Ay, no! ¡Que me da vergüenza!

—Anda, y no seas tonta!

—¡No,

que van á verme las piernas!...

—Señora, suba V. pronto,

que me marchó!

—¡Que te quedas!

—Ya voy... ¡Ay Jesus! ¡Qué altura!

—¡Cállate!

—Si el coche vuelca!...

—Señora, no tema V.,

que está el Hospital muy cerca.

—(¡Ay, qué bruto!)

—Llevo ya

siete años de esta faena,

y este ómnibus no ha volcado

más que diez veces.

—(¡Friolera!)

—Cochero, que se hace tarde!

—¡Aquí! ¡Uno falta! ¡Que venga!

—Pero, hombre, ¿otro todavía?

—Eso ya no se tolera!

—Aquí ya no caben más!

—Que llamen á la pareja!

—Si sube otro nos bajamos!

¡Qué abuso!

—¡Qué desvergüenza!

—Señores, no incomodarse!

—Vamos, hombre! ¡Arrea! ¡Arrea!

Andáa!... ¡Zagala!... ¡Zagala!...

¡Lechuguina!... ¡Coronela!...

¡Qué ir y venir de carruajes!...

Entre risas y blasfemias

por la calle de Alcalá

bajan... suben... corren... vuelan

los ómnibus y tranvías

y landós y jardineras

y berlinas y simones

y tartanas y manuelas...

II

EN LA CORRIDA

—¡Borracho!—¡Tumbon!—¡Canalla!

—¡Otro toro!—¡Tío maleta!

—¡No lo entiende V.!—¡A la cárcel!

—¡Animal!—¡En la cabeza!

—¡Ese caballo!—¡Un capote!

—¡Señor Presidente!—¡Fuera!!

—¡Que piquen al empresario!

—¡Que lo maten!—¡Que lo prendan!

III

DESPUES DE LA CORRIDA

Pues señor, la corrida

ha sido mala de veras.

¡Qué toros y qué toreros!

¡Qué Presidente y qué empresa!

¡Qué lidia! ¡Ni un solo lance!

¡Ni una cogida siquiera!

Le quita á uno la afición

una corrida como esta.

¡Yo no vuelvo... hasta la próxima!

¡La próxima será buena!

VITAL AZA

NOTICIAS VARIAS

ESTACIONES TELEGRÁFICAS FLOTANTES.—Montar una estacion telegráfica en cualquier punto de un continente, de una isla ó de un islote, dice *La Revista de Telégrafos*, no es nada extraño; pero si lo parecerá el que se trate de colocarlas flotantes sobre los mares. El entusiasta y perpetuo ministro de Correos y Telégrafos de la vecina Francia ha dispuesto se verifiquen ensayos en el Mediterráneo, estableciendo unas boyas á distancias de 60 en 60 kilómetros á lo largo del cable de Marsella á Argel, y á las cuales las embarcaciones que necesiten pronto auxilio podrán enviar una lancha para comunicar telegráficamente desde la boya con la estacion terrestre de socorro.

CRONICA CIENTIFICA

MERIDIANO UNIVERSAL

A pesar de la conformidad de los sabios en condenar la lamentable multiplicidad de los ceros de origen, las marinas de los países más adelantados del globo siguen contando las longitudes por los meridianos de Greenwich, Paris, San Fernando, Nápoles, Cristiania, Isla de Hierro, Pulkowa, Stokolmo, Lisboa, Copenhague, y Rio Janeiro. A estos, hace poco, habia que agregar el de Washington; pero los marinos de la gran República Norte Americana, dejando á un lado inconsiderados celos nacionales, usan ya para la navegacion el tiempo de Greenwich.

España, desdichadamente, no ha pecado por exceso de avaricia en esto de la multiplicidad; pues sucesivamente ha contado sus longitudes desde los meridianos del Estrecho de Gibraltar, Toledo, el antiguo Colegio de guardias marinas de Cádiz, San Fernando (en dos emplazamientos diferentes y casi contiguos; los de sus dos observatorios, el antiguo y el actual), Ferrol, Cartagena, Plaza Mayor de Madrid, Observatorio de la misma Capital, Coimbra, Lisboa (en tres distintos parajes correspondientes á sus observatorios sucesivos), la Catedral de Manila, la Isla de Hierro (en puntos diferentes; algunos indeterminados)...; y, como si todo esto no fuera bastante, la Sociedad Geográfica de Madrid (sociedad de tantas eminencias verdaderamente glorias de nuestra patria) designa nuevamente para meridiano de origen uno más; el que pasa por la Punta de la Orquilla, extremo occidental de la Isla de Hierro, lugar no bien determinado aun. (!) ¿Qué impide, pues, llegar á un acuerdo respecto de la designacion del Meridiano Universal?

Dolor causa decirlo: fútiles celos nacionales.

Pero, ¿qué clase de razones pueden alegarse en esta cuestion, cuando todos coinciden en la conveniencia de un solo origen para la cuenta de las longitudes?

Segun los trabajos de los señores Sanford Fleming y Pastorin (á quienes seguimos), las razones que se disputan la preeminencia y que mutuamente se estorban y se anulan, ó, por lo ménos, dificultan un acuerdo internacional, son

la antigüedad histórica;

la fijeza y seguridad de las operaciones geodésicas;

la facilidad de determinar siempre científicamente un meridiano especial, si éste se halla indicado por la naturaleza misma;

la conveniencia de la division de los continentes en dos hemisferios por un especial plano meridiano.

Los patrocinadores de la determinacion del cero de longitudes por la antigüedad histórica, recuerdan que Ptolomeo hizo pasar el primer meridiano por las Islas Afortunadas (Canarias) limite occidental (segun entónces se creía) de los confines de la tierra; pero, ¿quién conoce la exacta posicion del meridiano de Ptolomeo? Luis XIII, rey de Francia, ordenó que el primer meridiano se colocase en la Isla de Ferro (Hierro), la más occidental de las Canarias, calculado á los 20 grados de Paris; pero posteriores observaciones más rigurosas han patentizado que la diferencia en longitud entre Paris y la principal poblacion de la Isla de Ferro es de 20° 5' 5", por lo cual los franceses, para que siempre Paris esté á 20 grados justos del supuesto meridiano primitivo de Luis XIII, hicieron caminar al Este el cero de origen 5'...5"; de modo que, así, el meridiano de Ferro no pasa por ningun punto notable, y es un círculo puramente convencional; ó, lo que es lo mismo, es el meridiano de Paris. Pouchet, gran sostenedor de la conveniencia del meridiano de Ferro, propone que España conceda en la Isla una faja de tierra, que será declarada Internacional y terreno neutro, para que allí se levante un grande y perdurable monumento

astronómico, destinado á marcar en los siglos venideros el meridiano universal, y á servir de testimonio de alianza científica entre las naciones civilizadas.

Si las razones históricas hubiesen de prevalecer, España debería en el acto conceder la neutralización del terreno que se le pidiera con un fin tan altamente científico; pero, no pudiendo ascenderse hasta el meridiano ptolemaico por no ser hoy conocido, podría ostentar tan antiguos derechos como el de Ferro el de la Isla de Cuervo (Azores), escogido por Mercator en el siglo XVI, porque la brújula entonces señalaba allí el Norte verdadero; ó el del Pico de Tenerife, donde poco después colocaron su primer Meridiano los holandeses, ó el del Cabo Lizard, usado por los ingleses antes que el de Greenwich; y, más que todos estos, por más antiguo, el de la Isla de San Nicolás próximo á Cabo Verde; punto de partida para muchos geógrafos de hace más de tres siglos.

Siendo difícil determinar un meridiano por su prelación histórica, la terca idea de antigüedad tomó, sin embargo, otro rumbo; y, así, se propuso el meridiano de Alejandría, porque en Alejandría hizo sus cálculos Ptolomeo; y, como todavía es más vieja que Alejandría la Gran Pirámide de Egipto, no faltó quien quisiera contar las longitudes desde allá; y, como, aunque no tan vieja cual la gran pirámide egipcia, es también antigua, y además excita venerandos recuerdos piadosos la ciudad de Jerusalén, en el Congreso de París de 1875, fué propuesto para meridiano magistral el que pasa por la Santa Ciudad de la pasión y muerte de Jesús. Por último, la *Crónica de Leon* en un trabajo muy notable, ha propuesto que se considere como meridiano inicial el de aquel punto de nuestro globo donde primeramente se cuentan en la actualidad los días de la semana; punto hoy desconocido, pero que indudablemente existe, y que no ha de ser hoy difícil de determinar, contando con las redes telegráficas de todo el mundo.

En la fijeza y seguridad de las observaciones astronómicas y geodésicas que han servido de fundamento á los mapas construidos en estos últimos tiempos estriba la segunda clase de razones en litigio. Los franceses alegan que, estando basada la carta del Estado Mayor francés, en grados contados al Este y al Oeste de París, el futuro meridiano debe ser el mismo de París; ó bien, otro que pase á una distancia de él, múltiplo exacto de decigrados, á fin de respetar el trabajo de los geodestas franceses, y no variar las líneas meridianas de aquel mapa. Pero esta exigencia de nuestros vecinos transpirenaicos puede ostentarse quizá con mejores títulos por los geodestas de otras naciones, donde se hayan hecho triangulaciones de primer orden; y no sería ciertamente España la que hubiera de ceder en este terreno á ninguna otra respecto á exactitud y precisión.

Hubo un tiempo en que estuvo, como si dijéramos, de moda entre los hombres de las ciencias físicas el empeño de referir á las llamadas CONSTANTES NATURALES todos los módulos de medir. De ahí salió el sistema métrico decimal, fundado en la creencia de que el metro, caso de perderse, se volvería á encontrar y á reproducir exactamente, por suponerlo la diezmillonésima parte de un cuadrante de la tierra; empeño reproducido hace poco en nuestros días por el sabio P. Secchi al querer sacar de las ondas luminosas el metro de longitud. Hoy los hombres de las ciencias físicas, unánimemente, han abandonado las supuestas CONSTANTES NATURALES; y, por eso, empiezan á ceder las pretensiones de cuantos quieren que el primer meridiano esté indicado por la naturaleza misma. Aquellos grandes hombres del siglo pasado tenían



MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle

demasiada confianza en sus medios de medir y de calcular; y ni aun siquiera sospechaban que el radio de la tierra calculado por ellos resultaría demasiado chico, á consecuencia de más exactas mediciones. Y, sin embargo, el achatamiento polar, estimado hace un siglo en  $\frac{1}{332}$  es

hoy considerado como igual á  $\frac{1}{289}$ ; y, por consiguiente, el radio de una esfera de igual volumen que el correspondiente esferoide terrestre de rotación, calculado en 1800 (Delambre) en 6369284 metros, está computado hoy (Listing) en 6370000: es decir, que el diámetro terrestre aparece, al finalizar el siglo actual, kilómetro y medio mayor que al empezarlo.

Laplace, pues, recomendó para MERIDIANO MAGISTRAL el de aquel punto en que eran las 12 al entrar el sol en el equinoccio vernal el año de 1250; momento en que el apogeo de la órbita terrestre coincidió con el punto solsticial de Cáncer. Herschel apoyó este meridiano inicial y universal (que pasaría á unas 8 millas al O. de Cabo Mesurado en la costa de Africa); y que, debiendo únicamente su razón de ser al movimiento aparente del sol respecto de las estrellas, no podía herir los celos y orgullos nacionales, ni alimentar la anti-científica tenacidad rutinaria que aún persiste en favor de los ceros arbitrarios de longitud. Herschel llamaba TIEMPO EQUINOCCIAL á las duraciones contadas desde este meridiano dependiente solo de razones astronómicas.

Abandonado ahora el meridiano de Ferro por las principales naciones marítimas; estimadas en poco las razones históricas de antigüedad; pasado de moda el empeño de apoyarse en las constantes naturales; los más eminentes sabios fijan hoy su atención en consideraciones sólo de conveniencia social.

Hoy cuentan el tiempo por el meridiano de Greenwich todos los marinos Ingleses, los Norte-Americanos, los Holandeses, los Belgas y los Japoneses, y gran parte de los Italianos (que también se rigen por el de Nápoles), de

los Noruegos (que aún no han abandonado enteramente el de Cristianía), de los Alemanes (que también se atienen al de París y al hipotético de Ferro), de los Rusos (aún en parte consecuentes con el de Pulkova y Ferro), de los Suecos (también gobernados por el de Stokolmo y París), de los Austriacos (en parte sectarios del de Ferro) y, por último, de los Dinamarqueses (algunos de los cuales cuentan también desde los ceros de longitud de Copenhague y París); por manera que cuentan las longitudes desde Greenwich 37663 buques con 14600972 toneladas; y solamente 20034 buques con 5711121 toneladas las cuentan desde París, San Fernando, Nápoles, Cristianía, Ferro, Pulkova, Stokolmo, Lisboa, Copenhague y Rio Janeiro.

Además es, á todas luces, evidente que el meridiano no debe pasar por el corazón de ningún país populoso; porque, al llegar el sol al zenit, es decir, á la mitad de un día solar, acabaría un día de la semana y empezaría otro; con lo cual cada espacio de luz solar tendría dos fechas.

Conviene, pues, un meridiano que no pase á través de ninguna tierra habitada; y, examinando con este interés científico cualquier globo terrestre, se ve que dos, y solamente dos, son las secciones de la tierra que se presentan con las condiciones apetecidas:

1.º Un meridiano, á través del Atlántico, puede pasar entre Africa y la América del Sur, sin tocar ninguna porción de estos dos continentes, evitando las islas y tierras firmes, excepto una parte de la Groenlandia Oriental;

2.º Otro meridiano en el hemisferio opuesto puede pasar por el Estrecho de Behring y por todo el

Océano Pacífico, sin tocar jamás en tierra. Cualquiera de estas dos secciones serviría para el objeto deseado; pero la próxima al Estrecho de Behring se recomienda con más especialidad, precisamente por ser el antimeridiano de Greenwich, que es el preferido próximamente por los  $\frac{3}{8}$  de los buques, y el relacionado con los  $\frac{3}{4}$  del movimiento mercantil del mundo calculado en toneladas.

Por él se decide SANFORD FLEMING; é, independientemente de este sabio ingeniero, el célebre presidente de la Sociedad Geográfica de Ginebra, Bouthilier de Beaumont, propone también, como punto de partida para la cuenta de las longitudes, un meridiano que atraviese el Pacífico y pase junto al Estrecho de Behring.

En vista de todo esto ¿qué se opone á la adopción del meridiano universal?

¡Ah! ¡pena da de confesarlo y repetirlo!

La puerilidad de orgullos nacionales.

¿Podría alguien creer que ha habido franceses tan francamente indiscretos, que no han temido indicar que, si Inglaterra adoptase la medida métrica francesa, Francia, EN RECIPROCIDAD (!) podría hacer la concesión de adoptar el primer meridiano de Inglaterra? Pues esto consta del Boletín de la Sociedad Geográfica de París. Pero esta clase de argumentos ni aun parecen dignos de refutación; y de esperar es que, apaciguados pronto los celos de una falsa patriotería, y desvanecidas las vanidades ridículas de supremacías nacionales, ante el interés sagrado de la ciencia, quede pronto aceptado un MERIDIANO UNIVERSAL, punto de partida para contar las longitudes geográficas; y que, de una vez y para siempre, con la admisión de la cuenta del tiempo cosmopolita, cese lo que en día no lejano ha de aparecer como anomalía incomprensible de nuestra época: el hecho actual eminentemente anti-científico de que las manillas de los relojes estén en el MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO señalando en la tierra todas las posibles direcciones.

E. BENOT